ESTUDIOS *Salmanticensis* 61 (2014) 39-54

Cinco libros en uno: los Salmos

Ángel Aparicio Rodríguez
Insituto Teológico de Vida Religiosa. Madrid

Resumen: El libro de los Salmos nos regala cinco libros en uno. Contrariamente a la opinión de L. Alonso Schökel, el autor de este artículo sostiene que cada uno de los libros del Salterio tiene su peculiaridad y que existe un progreso de un libro a otro. Aparte del prólogo (Sal 1-2), el libro primero (3-41) es «el libro del dolor-fe»; el segundo (42-72), «el libro del deseo»; el tercero (73-89), «el libro de la experiencia de Dios»; el cuarto (90-106), «el libro del reino de Dios» y el quinto (107-150), «el libro de la alabanza eterna». Por otra parte, en el conjunto del Salterio se percibe una progresión narrativa y suplicante. El Salterio es un camino hacia Dios; su rúbrica, una palabra: ¡Aleluya!

Palabras clave: Salmos, dolor, fe, deseo, experiencia de Dios, alabanza.

Summary: The book of Psalms gives us five books in one. Contrary to the view L. Alonso Schökel, the author of this article argues that each of the books of the Psalter has its peculiarity and that there is a progress from one book to another. Apart from the prologue (Sal 1-2), the first book (3-41) is «The book of pain», the second (42-72), is «the book of desire», the third (73-89), «The book of the experience of God», the fourth (90-106), «The book of the kingdom of God» and the fifth (107-150), «The book of eternal praise». Moreover, a narrative and prayerful progression can be recognized throughout the Psalter. The Psalter is a path to God; his rubric, one word: Hallelujah!

Keywords: Psalms, Pain, Faith, Desire, Experience of God, Praise.

Introducción

El Libro de los Salmos está erizado de dificultades de todo tipo. Para algunas no tenemos respuesta. ¿Qué nombre damos a este libro? Llamarlo «Libro de oraciones (*t^e^fillot*)» no es válido para los 150 salmos. Denominarle «Libro de himnos (*t^e^hillim*)» tampoco es válido. Hay salmos que son oraciones y otros son himnos. Si nos preguntamos por el autor de un salmo concreto o indagáramos la fecha en la

que se escribió o declamó por primera vez, no tenemos respuesta. Sin respuesta nos quedamos, igualmente si nuestra pregunta es sobre el género o familia a la que pertenece, dónde y por qué se compuso, etc. Para éstas y otras preguntas similares nunca tendremos la respuesta adecuada.

Si nos dejáramos llevar por el titulo de algunos salmos, sabríamos quién es su autor, en qué circunstancias compuso este poema concreto, en que canción se inspiró, cómo y por quien ha de ser recitado, etc. Valga el ejemplo siguiente. Conforme al título del Sal 18 (un Tedeum real), sabríamos que este salmo lo compuso David, en unas circunstancias concretas, a quién se lo dedica, etc.: «Al director. De David, siervo del Señor, que dirigió al Señor las palabras de esta canción, cuando el Señor lo libró de todos sus enemigos, y de las manos de Saúl. Dijo». Es posible que el núcleo más antiguo de este salmo –del que tenemos dos recensiones– se remonte a los días del David histórico (se explicaría así la presencia del Salmo en 2 Sam 22). Si así fuera, el Salmo habría ido creciendo con el paso del tiempo, hasta poder ser recitado en tiempo de los Asmoneos. Es una hipótesis razonable que nunca podremos probar.

Si pasamos de lo general a lo particular, surgen nuevamente múltiples preguntas. Unas afectan al traductor: ¿Cómo vierto al castellano esta imagen, este sintagma o este morfema? ¿Son aceptables siempre los signos masoréticos o cabe una esticometría diversa? ¿Es posible transportar a mi lengua materna el ritmo sonoro del hebreo? El traductor, pese al dicho italiano (*traduttore – traditore*), no quiere ser un traidor. A lo largo de la vida y, sobre todo, durante los años dedicados a la traducción de los Salmos y del Cantar para la Biblia de la Conferencia Episcopal Española, he experimentado en carne propia los tormentos del traductor. Evoco tan sólo un ejemplo: ¿Cómo podemos traducir el morfema (צַלְמָוֶת) del Salmo 23,4? Si nos atenemos a la lectura de los LXX, que leyeron σκιᾶς θανάτου, traducimos bien si decimos «sombra de muerte». Pero parece que se trata de una oscuridad más densa que las tinieblas que cubrían el abismo primordial. Acaso el adjetivo «lúgubre» sea el más adecuado para el Salmo 23,4. Si es así, aplicamos al adjetivo la doble acepción que tiene: «fúnebre, funesto, luctuoso» y también «sombrío, profundamente triste» (DRA, 901). Es tan sólo un ejemplo mínimo que puede insinuar las torturas del traductor. Así insinuado, planteo el tema de este trabajo.

El Salterio es libro complejo. Salmos antiquísimos y otros más recientes son acogidos en este libro. Por su cauce discurren los sentimientos más variados: desde la lírica a la dramática, pasando por la épica. Es decir, desde el sentimiento al deseo, pasando por el conoci-

miento. Se abarca todo el arco temporal (presente, pasado y futuro), según sea el que hable: YO, plasmando su estado emocional; EL, que describe el pasado desde el conocimiento racional; o TU, que anhela el futuro con toda la fuerza intencional del deseo. Diversa será la forma de hablar de uno y de otro. Mediante la lírica se expresa el sentimiento cargado de emoción. El recuerdo del pasado conocido y descrito con racionalidad es propio de la épica. El futuro pone en marcha el deseo y la tensión vivida en el presente. El pasado se remansa en el conocimiento racional (por ejemplo, en los salmos que cantan el pasado histórico [Sal 135]). Para la canción lírica es imprescindible que el poeta exprese su sentimiento emocionado (Sal 42). La dramática, por su parte, tiene la tensión propia del deseo, a cuya consecución tiende incesantemente (Sal 118). No existe en estado puro ninguno de estos grandes géneros, sino que toda composición poética suele mezclarlos. Por ello, todo poema está pidiendo ser leído o recitado una y otra vez. De este modo va desprendiendo su riqueza paulatinamente. La transición de un poema a otro no se hace sin dificultad. Estas sucintas observaciones son aplicables a los Salmos, sobre todo cuando se pretende que sean vehículos de nuestra oración.

La vuelta reiterada a un determinado salmo nos permitirá captar los medios. Quien pretenda orar con un determinado salmo ha de tener la convicción de que está ante un poema[1]. Las divisiones del verso, las imágenes, los acentos, el material sonoro, la construcción del verso, etc., claman para que el lector vuelva una y otra vez al poema.

Un dato más: el libro de los salmos nos regala cinco libros en uno. La doxología cierra cada libro. El primer libro llega hasta el Sal 42. Acaso uno de los últimos recensores registró la primera doxología en el Sal 42,14. Ahí finaliza el primer libro. El libro segundo trascurre entre el Sal 42 y el Sal 72,17. Los dos últimos versos están reservados para la segunda doxología. El tercer libro termina también con correspondiente doxología Sal 89,53. Entre Sal 90 y el 106,47 discurre el cuarto libro. La cuarta doxología está consignada en el Sal 106, 48. El quinto y último libro va del Salmo 107 al gran final donde se acoge la solemne doxología que es el Salmo 150.

Ahora bien, ¿existe alguna peculiaridad en cada uno de los libros de modo que el hilo conductor caracterice a cada conjunto de salmos? ¿Existe un progreso temático de un libro a otro? Luis Alonso

[1] En La versión de los LXX no se capta este aspecto y tampoco en las traducciones antiguas. Ninguna de las dos respetaron la esticometría y, frecuentemente, se diluyen no pocas imágenes.

Schökel escribe que «empeñarse en buscar unidad de sentido a cada colección y progreso a través de ellas fue un ejercicio de ingenios opulentos de tiempo»[2]. Retenemos, sin embargo, que el progreso de un libro a otro nos permite dar un título al conjunto formado por los cinco libros: «El Salterio, un camino hacia Dios».

2. La tónica de cada libro

Los dos primeros salmos forman un verdadero prólogo (Sal 1-2). El libro primero tiene una tónica dominante: es el libro del dolor o de la fe (Sal 3-41). El título del segundo libro puede ser: «El libro del deseo» (Sal 42-72). El tercer libro (Sal 73-89) puede llevar muy bien este título: «Libro de la experiencia de Dios». «El libro del Reino de Dios» puede ser el título del cuarto libro (Sal 90-106). El nombre apropiado para el quinto libro (Sal 107-150) puede ser: «Libro de la alabanza eterna»

a) Los dos primeros salmos (introducción al salterio)

El primer salmo comienza con estas palabras: «Dichoso el hombre». El segundo se cierra con la proclamación de una dicha similar: «Dichosos los que se refugian en él». La inclusión relaciona ambos salmos entre sí[3]. El primer salmo recurre a categorías universales:

[2] L. Alonso Schökel-C. Carniti, *Salmos, Vol. I*, Estella 1992, 84. H.-J. Kraus, *Los Salmos, Sal 1-59. Vol. I*, Salamanca 1993, 22 es de un parecer similar, pero cuando se busca la correspondencia de los cinco libros del salterio con los cinco del Pentateuco comenta: «Si quisiéramos construir una analogía sustancial entre los libros del Pentateuco y los del Salterio, los resultados serían una serie de correspondencias absurdas». Pero no podemos desdeñar la siguiente observación de Westermann: «El lamento del individuo, el género más frecuente que aparece en el salterio, se concentra por entero en la primera mitad del libro de los salmos, esto es, en las dos grandes colecciones, Sal 3-41 y 51-72; a este género se le añadió también más tarde la pequeña colección, Sal 140-143» (*Zur Sammlung des Psalters. Forschung am Alten Testament*, ThB 24, 1964, 341s.). Los salmos de alabanza están presentes en la segunda mitad del Salterio, cf. Id., 341ss. Los salmos reales están esparcidos a lo largo de los distintos libros (342). Estos datos tienen su peso, y se convierten en indicio, al menos, de que cada libro tiene un aspecto prevalente, aunque no sea exclusivo.

[3] El texto occidental (D) escribe en Hech 13,33: «como está escrito en el salmo primero», cuando en realidad se cita el Sal 2,7. El Talmud babilonense atribuye al rabino Yehuda ben Simon ben Pazzi la siguiente afirmación: «El salmo 'dichoso el hombre' y el salmo '¿por qué se amotinan las naciones?' constituyen

la relación del hombre con la ley. El segundo prefiere realidades históricas: la misma relación ahora con el Mesías.

Habrá quien haga de la ley su gozo y la convierta en objeto de su meditación incesante –noche y día– (Sal 1,2) o quien acepte reverentemente al Mesías (cf. 2,12). Quien así se comporta es justo (1,6). Otros rechazarán la ley (Sal 1,1) y se aliarán contra el Señor y contra su Mesías (Sal 2,2). Son los impíos. La intervención de Dios tendrá lugar en el futuro, cuando juzgue a uno y a otros (1,5b). De momento se contenta con sonreír y con burlarse desde su santa morada (2,4). «Es una sonrisa misericordiosa –comenta Ebeling–, una sonrisa con lágrimas de amor en los ojos, dirigida a quien renuncia a creer en el poder y se libera, de este modo, del fundamento de la angustia»[4]. El justo, los impíos, la Ley, el Mesías y Dios, tales son los personajes que participarán en la aventura del Salterio.

El libro quinto se convierte en meta de cada grupo. El Mesías será entronizado en el Sal 110. La Ley será el deleite del justo; la glosará detenidamente en el Sal 119. Los impíos no llegarán a la meta, sino que, tras un retorno efímero, serán definitivamente silenciados tras su aparente triunfo de los Sal 140-144. El justo entonará la alabanza eterna (145-150).

b) El libro del dolor-fe (Salmos 3-41)

Comienza el primer libro con un clamor que se eleva desde lo profundo de la existencia. El salmista tiene ante sí un sinnúmero de enemigos –tal vez éste sea el sentido de la triple exclamación: «¡cuántos!» (Sal 3,2-3)-, preparados para el ataque. No se contentarán con oprimir. Pretenden robar al salmista el último asidero de su existencia. Cuando afirman, de modo que el salmista lo oiga, «ya no lo protege Dios», levantan acta de la inutilidad de la fe. Como impíos consideran que la víctima está a merced de sus maquinaciones, como dirán un poco más adelante: «Dios ha olvidado, ha ocultado su rostro, no verá jamás» (Sal 10,11). Al «todos contra uno» se suma el silencio divino –¿su inoperancia?–.

una sección única». Una confirmación de esta unidad la aporta posteriormente Justino, *Apología*, I, 40. En virtud de esta unidad, ambos salmos forman el prólogo a todo el Salterio.

[4] G. Ebeling, *Sui Salmi*, Brescia 1973, 28s.

El salmista tiene una doble arma defensiva: gritar y dormir (3,6-7). El grito es generado por la opresión. El sueño viene como abandono confiado en los brazos de Dios: «*Pero tú, Señor...*» (v 4). La adversativa no es sólo gramatical, es real. Los numerosos enemigos se levantan, en definitiva, contra Dios, que es «escudo» y «gloria». Como escudo protege no sólo un flanco, sino que circunda al orante, en torno al cual están desplegados los enemigos (v 7). Desde los comienzos del primer libro se anticipa el final de esta aventura: Dios se ha reservado la victoria y el juicio (v 9). Esto no significa, sin embargo que se le ahorre al justo ningún horror o persecución. Efectivamente, la perspectiva del primer libro resulta aterradora. Se impone la soledad por un doble motivo: no hay ni siquiera un justo, «ni uno solo» (Sal 14,3), y Dios se mantiene distante y silencioso: «¿Por qué te quedas lejos, Señor, y te escondes en el momento del aprieto?» (Sal 10,1). El impío declara la muerte de Dios: «No hay Dios» (Sal 14,1), y se considera libre para perpetrar la iniquidad. La violencia y la muerte, la persecución y la injusticia son los cuatro jinetes que cabalgan por la tierra: «merodean para chupar como sanguijuelas sangre humana» (Sal 12,9). Mientras tanto, el justo ora y reposa con entera confianza. Pero ha llegado la hora del apremio dirigido a Dios. Ya no puede permanecer impasible ante tanto mal (Sal 12,2-3). Si Dios está dormido, es necesario que se levante: que la apelación de quien ora llegue hasta Él, y Dios tome cartas en el asunto (Sal 17,13-14a). Dios, pese a todo, calla. Únicamente está presente en la fe y en la oración del justo. Perseguido por los enemigos que le rodean, tiene la impresión de que Dios mismo se ha declarado su enemigo. Febricitante y convertido en clamor, experimenta cómo la mano de Dios pesa sobre él sin cesar (Sal 32,3-4).

Así lo hace el orante del salmo 22: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?... Dios mío, de día te grito y no me respondes; de noche, y no me haces caso» (Sal 22,2-3). No es una casualidad que este salmo ocupe el centro del primer libro. Todo el dolor, que en los salmos siguientes se convertirá en elegía, está condensado en este salmo

A partir de este salmo, el dolor es una constante, se ha convertido en tema de fondo. Por ejemplo, el cantor del salmo 25 se sabe miserable y pobre, y como tal reclama la mirada atenta de Dios: «Mírame, oh Dios, y ten piedad de mí, que estoy solo y afligido; ensancha mi corazón oprimido y sácame de mis tribulaciones» (Sal 25,16s). Es el tema incesante del libro (cf. Sal 27,4.12; Sal 28,1; 30,10). Cuando la muerte se avecina, se yergue majestuosa la confesión: «Tú eres mi Dios» (Sal 31,15). Pese a esta explícita confesión, parece que Dios ¿se

dará por enterado?... Al contrario, descarga su mano sobre la espalda del salmista (Sal 32,4; 38,3s), aunque éste no pueda presentar una parte ilesa de su cuerpo (Sal 38,4ss). Habrá que esperar al último salmo del presente libro para encontrar sentido a tanto dolor. No es que se le ahorre dolor alguno, pero que acaricie la certeza de saberse amado: «*En esto conozco que me amas*...» (Sal 41,12). Avezado alumno en la escuela del sufrimiento, el salmista (o el orante) aprende la tarea de la obediencia y a par purifica su fe. Así será cuando diga con toda verdad: «Aquí estoy para hacer tu voluntad» (Sal 40,8). Ya está preparado para continuar el camino hacia Dios.

Aun aquellos salmos que parecen un oasis en medio de un desierto de dolores llevan las huellas del dolor; por ejemplo, en el Sal 23 («El Señor es mi pastor») el dolor mortal aparece en un recodo del camino que discurre por el desierto: «Aunque fuese por un valle tenebroso [lúgubre]», (Sal 23,4). Doy al adjetivo lúgubre las dos acepciones que tiene en castellano: «luctuoso» y «sombrío», que acaso recoja mejor el significado del oscuro sustantivo hebreo. En este mundo de persecución, dolor y muerte, Dios está presente –aunque sea en el silencio–, a él se dirige la oración del fiel, por más que haya de esperar la respuesta adecuada para el futuro, cuando Dios juzgue (cf. Sal 7,7). Sé que en este primer libro del salterio existen salmos de colores más luminosos (cf. Salmos 8; 15; 18, 20; 21; 19,2-8; 23), pero, aún así, prevalecen en el primer libro las tonalidades oscuras. Podíamos decir, a falta de una comprobación más sosegada y meticulosa, que el primer libro del salterio es el libro de la oscuridad y también de la fe.

c) El libro del deseo (Salmos 42-72)

En el libro segundo no faltan las súplicas ante el peligro. Este libro da incluso un paso más allá del dolor: dos poemas lloran la destrucción del pueblo, convertido en «ovejas de pitanza o de matadero» (Sal 44,12.23). No ha acaecido esto por obra de los enemigos, sino porque Dios mismo ha rechazado a su pueblo (Sal 44,10; 60,3), ha sacudido la tierra y la ha hendido (Sal 60,4). El dolor es agudo por su alcance físico y por su profundidad espiritual. La oración se torna osada y apremiante: «¡Despierta ya! ¿Por qué duermes, Señor? ¡Levántate, no nos rechaces para siempre!» (Sal 44,24); «¿No eres tú, oh Dios, quien nos rechazas / y ya no sales al frente de nuestras tropas?» (Sal 60,12). Una noche de densa tiniebla, gritos de constante y sostenida oración, asedio y opresión, catástrofes y guerra, dolor de toda índole y sangre de los derrotados, la ira y la ausencia o el silencio de Dios; este conjunto de oscuridades, y otras más, dan un tinte de pa-

rentesco a no pocos salmos del primer libro con numerosos salmos del segundo, (cf. Salmos 46,2-4; 54,5; 52,3-11; 55,3-4.10-16; 56, 2-5; 59,2-9; 64,3-9, etc.) El lector tiene la impresión de que nada ha avanzado; súplicas y más súplicas; dolor y más dolor. Aún es de noche.

Pero existen algunos salmos que dan un matiz particular al segundo libro. No sé si es mera casualidad que el libro comience con un salmo de ardiente anhelo, de ansia irrefrenable de Dios: «Como anhela la cierva los arroyos, / así te anhela mi ser, Dios mío» (Sal 42,2). Es el salmo del deseo divino. Dios, presente en otro tiempo, es ahora ausente. El agua vivificante del pasado se ha tornado torrente destructor en el presente (vv. 3 y 8). Es el salmo de la presencia del Dios ausente o de la ausencia del Dios presente.

No nos llamaría la atención el Sal 42 si, apenas superada la mitad del libro, no se encontrara otro con la misma temática bajo un símbolo distinto: «Oh Dios, tú eres mi Dios, yo te busco (por ti madrugo), / mi ser tiene sed de ti, / mi carne desfallece por ti, / en tierra seca, reseca, sin agua» (Sal 63,2). Justamente en la mitad de libro se halla el Sal 57. En este salmo pide el orante que Dios envíe desde el cielo dos ángeles tutelares que le salven: el «amor» y la «verdad»: «Envíe desde el cielo, para salvarme / de los insultos de mis perseguidores, / envíe Dios su amor y su verdad» (Sal 57,4; cf. Sal 43,3). Son dos hipóstasis divinas. Con las primeras luces del alba llega la hora de despertarse (de levantarse) y de ponerse en camino: «por ti madrugo» (Sal 57) y que todo esté a la expectativa: «¡Gloria mía, despierta!, ¡despertad, arpa y cítara!, / ¡a la aurora despertaré!» (Sal 57,9).

El tema del templo ya ha aparecido en el libro primero, pero como pregunta que es respondida didáctica o moralmente (Sal 14,1). Esta pregunta, sin embargo, no genera movimiento. En el libro segundo, por el contrario, el anhelo de Dios insta a caminar, incluso con rapidez, en busca de refugio. Bajo el peso de la opresión y huyendo del dolor, el poeta puede pensar que tiene alas de paloma y busca refugio en el desierto (cf. Sal 55,5-9). Aun hospedado en la tienda, los enemigos no cesan en su empeño criminal, «yo, en cambio, cantaré tu fuerza, / aclamaré tu lealtad por la mañana» (Sal 59,17).

El Sal 45 es excepcional. No se le parece ningún otro salmo. Un poeta atestigua su inspiración en el momento de componer su poema en el que celebra la belleza humana del joven rey y de la princesa extranjera. El tema es «bello», dice (v. 2), como lo es el joven rey, «el más bello de los hombres» (v. 3), y lo es también la princesa (v. 12), toda esplendorosa (v. 14). El rey es inteligente –su palabra es agraciada– (v. 3) y valiente (v. 4). Ante su arrojo se rinden los ejércitos y se desmoralizan los enemigos (v. 6). Está adornado con cualidades

especiales: ama la verdad, la piedad y la justicia (v. 5), y abomina toda iniquidad (v. 8), etc.

¿Por qué se ha transmitido un poema tan insólito en este preciso lugar, justamente después de haber escuchado una elegía nacional como la del Sal 44? Una exégesis alegórica vería en esta boda tan humana las nupcias de Dios con su pueblo, e interpretaría este salmo como un anticipo del encuentro con Dios, cuya presencia se anhela (cf. Sal 42,2). Sin caer en la alegoría, el palacio real se eleva al final del camino, como sucede con el templo. Hacia el palacio y hacia el templo marchan los distintos cortejos. Las canciones y el regocijo son comunes a la comitiva nupcial y al gentío procedente de Basán y de los abismos del mar. La ciudad de Tiro que viene con regalos anticipa a las distintas naciones del Sal 72 que acuden ante el rey. Las personificaciones que acompañan a los orantes de los Salmos 43 y 57 son semejantes a las cualidades que adornan al monarca.

El Sal 45, tan excepcional, en el lugar que actualmente ocupa, permite tender puentes hacia atrás y hacia adelante. En este poema no atisbamos oscuridad alguna, todo es luz, magnificencia, embriaguez de los sentidos. Estamos en pleno día. No es tiempo de sufrimiento sino de gozo, y de gozo intenso. Más allá del campo visual, el Sal 45,16 remite a aquellos otros en los cuales se celebra el lugar en el que Dios habita (cf. Salmos 46,5-6; 48,3ss; 65,2…).

La opresión y el dolor del primer libro continúan en el segundo, acaso porque con el segundo irrumpe tan sólo la luz del alba. Es suficiente que apunte el deseo vehemente que obliga a caminar. Es bastante saber que el camino tiene una meta: el templo… Tal vez con el segundo libro pasamos de la oscuridad de la noche a la luz del alba, de la fe mantenida en el dolor a la esperanza que nos obliga a caminar.

Es posible que cuanto hemos dicho sea una impresión subjetiva. Tendríamos que leer con mayor detención cada uno de los salmos de uno y otro libro y compararlos entre sí. Semejante pretensión sería objeto de una obra mayor, de una tesis, no de una hipótesis –basada en los textos, por supuesto-, como la que proponemos aquí[5].

[5] El texto, al fin y al cabo, está ahí, portador de sentido e independiente de la intencionalidad del autor o del redactor. Me sucede como al Sr. Eckermann: un buen día le preguntó a Goethe que le explicara el significado del libro que acababa de componer: «Fausto». Goethe le respondió: «Como si yo mismo lo supiera y quisiera decírselo. Ahí tiene usted la obra; léala y vea qué le dice». Es lo que he intentado hacer con el segundo libro de los salmos: he resumido lo que él me dice, después de haberlo leído con cierta detención. Es muy posible que el

d) El libro de la experiencia de Dios (Salmos 73-89)

El presente está impregnado de decepción o es, al menos, la hora de la tentación. La prosperidad de los malvados es un desafío para la inteligencia y para la fe. No pasan tribulaciones como los demás (Sal 73,5), sino que están sanos y rollizos (73,4). ¿Gana algo el creyente por mantenerse fiel a Dios? ¡Nada! Él, como muchos de sus hermanos, a punto ha estado de dar un mal paso (v. 2) y de irse tras los malhechores (v. 10). Para superar esta tentación no es suficiente conocer a Dios de oídas y saberse la doctrina tradicional de la retribución. Se requiere una profunda experiencia religiosa: «Yo estoy siempre contigo» (v. 23). Hallándose junto a Dios, nada más deseará en la tierra (v. 25). También el Sal 84 festeja la intimidad con Dios: «¡Dichosos los que viven en tu casa alabándote siempre!» (84,5). La comunión con Dios es la experiencia básica que llena de sentido y de contenido el momento presente, colmado de dolores (Salmos 74; 78,60-62; 79; 80,13-14; cf. 83,3; 89,39-46). La pregunta crucial es ésta: «¿Dónde está tu Dios?» (Sal 78,10). ¿Dónde quedan los «primeros amores» de Dios? (Sal 89, 50). Éstos y otros interrogantes similares nos llevan a recorrer el camino del recuerdo.

La historia santa del pasado, tejida con la protección divina y el pecado del pueblo, pertenece al patrimonio del salmista que ha de transmitirlo a la generación venidera (Sal 78,3-4). ¡Cuántas esperanzas ha sostenido el recuerdo de la elección de David! (Sal 78,71-72). Es el momento de recordar los años remotos (Sal 77,6), las «proezas de Yahvé» y sus «antiguos portentos» (77,12), sus «obras y sus hazañas» (77,13). Se recuerda toda la historia santa (Sal 80), porque la antigua protección divina es garantía de auxilio en el presente, con tal de que el pueblo quiera escuchar ahora (Sal 81,14-15). Al capítulo del recuerdo pertenecen también las debilidades del pueblo. El fiel recuerda. Yahvé ha de recordar la comunidad adquirida antaño (74,2); ha de recordar que los hijos de su pueblo son tan sólo carne (78,39), incapaces de acordarse de la mano divina (78,42); ha de recordar igualmente lo dura que es la vida de su pueblo (89,48). No ha de acordarse, sin embargo, de las culpas de nuestros padres (79,8) Ha

resultado de mi lectura sea muy parcial y subjetivo. Recordaré aquellas palabras de R. M. Rilke: «Con el tiempo hay en un libro diez veces más de lo que realmente se encuentra impreso; yo leo en él mis propios recuerdos y mis pensamientos». Aunque he evitado lo segundo (leer mis pensamientos), quizás no lo haya conseguido. No creo, sin embargo, que formularse la pregunta por lo peculiar de cada uno de los libros del Salterio sea «un ejercicio de ingenios opulentos de tiempo».

de recordar los ultrajes del enemigo, dirigidos contra Dios (74,18.22) y contra sus siervos (89,51).

El pasado recordado es patrimonio del presente, y éste se asoma al futuro. El Dios «temible para los reyes del orbe» (76,13) está para iniciar un futuro rebosante de esperanza. Se espera la llegada del reino ideal: «Dios anuncia la paz…, la salvación está ya cerca…, la justicia marchará ante él» (85,9.10.14). La mirada hacia el futuro se afianza en el último salmo del libro, tan importante en la estructura del salterio. David, el elegido de Dios (cf. Sal 78,71-72), será ungido rey de Israel. Esta palabra no puede ser desmentida por el curso de la historia, porque Yahvé no violará su alianza, ni cambiará sus promesas (v. 35). Quien así habla es Yahvé, cuyo trono está sostenido por la Justicia y el Derecho, cuya presencia va precedida de la Misericordia y la Fidelidad (v. 15). ¡Qué enorme contraste entre esta promesa y la situación actual! «Pero tú, encolerizado con tu Ungido, los has rechazado y desechado; has roto la alianza con tu siervo…» (vv. 39-46). Esta derrota, pese a todo, ya no ocasiona la ruptura de Dios con el hombre, sino que origina una unión más estrecha con Él. Pagado el precio debido, el libro cuarto celebrará la llegada de un reino universal, cuya gloria llena la tierra.

e) El libro del Reino de dios (Salmos 90-106)

Según los títulos del cuarto libro, tan solo el Sal 90 es el único atribuido a Moisés. Acaso se debe a la experiencia religiosa celebrada en el salmo, tan parecida a la de Moisés en el Horeb. El hombre pecador sabe que está ante Dios: «Pusiste nuestras culpas ante ti, / nuestros secretos a la luz de tu mirada» (90,8). El Eterno y el Santo, cuyo fuego ha prendido en el ser temporal y pecador, no devorará al que se acerca a Él, sino que él lo protegerá con su gracia y lo guiará con su luz (90,13-16). Así lo reiteran el Sal 91,14 y el Sal 92,14. No es el momento, sin embargo, de reposar la mirada en el hombre, sino de dejar el puesto a Dios, cuya realeza es celebrada reiteradamente en el libro cuarto.

Dios es reconocido como rey del universo (Sal 93,1). En el ejercicio de su soberanía reta a lo creado, incluido el hombre. Grande e inexpugnable puede parecer la fuerza del mal, mucho más potente es Dios (Sal 93,4). ¡Que el hombre acate la soberanía divina! Si no se pliega, si no se arrodilla y adora a Dios-rey, el hombre no será conducido al reposo (95,11). Lo creado se regocija ante Dios-rey, se alegra y vitorea «delante del Señor que llega, que ya llega a regir la tierra»

(96,13). También los dioses se postran adorantes ante el «Altísimo sobre toda la tierra, / encumbrado sobre todos los dioses» (97,9). La voz de la creación se une en armoniosa sinfonía para celebrar la victoria de Dios sobre el mar, es decir, sobre la muerte (Sal 98). Es el Dios tres veces santo, «entronizado sobre querubines» (99,1.3.5.9), ante el que resalta sobremanera la pequeñez y la condición pecadora del hombre (Sal 90).

Los malhechores quedan excluidos de la ciudad de Dios; los leales, por el contrario, son acogidos en el nuevo reino (Sal 101). El hombre justo, por tanto, reina junto con el Dios-santo. Si el hombre ha de reinar con Dios, que es inmortal, la muerte ha de ser vencida. Si al menos la descendencia del orante no permaneciera en la presencia de Dios, la alianza del Eterno sería falaz (cf. Sal 102,29).

Aún se requiere algo más: el hombre vinculado con Dios ya no puede renunciar a la eternidad, ya que el amor que le une con Dios es eterno. El salmo siguiente celebra una vida de íntima relación con Dios: «Él rescata tu vida de la fosa, / te corona de amor y de ternura» (Sal 103,4). El Sal 104 puede leerse como un retorno al paraíso perdido. El nuevo Adán goza contemplando una creación pacificada y pacífica. El trabajo deja de ser castigo; es, más bien, una tarea diaria encomendada al hombre, en cuya acción se continúa la actividad divina. El caos amenazante y destructor ha sido domeñado; las bestias salvajes, sometidas; la muerte es el destino reservado tan sólo a los malvados. El hombre rehabilitado y la creación renovada entonan un cántico gozoso: «¡Gloria a Yahvé por siempre, / goce Yahvé con sus obras» (104,31ss). Ha triunfado el amor, tal como se pedía en el salmo céntrico del libro, apelando al recuerdo divino: «Se ha acordado de su amor y su lealtad / para con la casa de Israel» (98,3). Tal es el reino/reinado de Dios.

Los dos últimos salmos del cuarto libro, con temática histórica, apelan seis veces al recuerdo divino: Yahvé se acuerda de su alianza (105,8; 106,45), de su palabra sagrada (105,42); se le pide que se acuerde de mí «por amor a su pueblo» (106,4). Al hombre se le pide, en contrapartida, que recuerde las maravillas divinas, «sus prodigios y los juicios de su boca» (105,5); pero los hijos de este pueblo «no se acordaron de tu gran misericordia, / se rebelaron contra el Altísimo junto al mar Suf» (106,7). Si es lícito leer estos dos salmos finales desde la perspectiva de aquellos otros centrados en el reino de Dios, nos hallamos ante el claro-oscuro de la realidad: Dios recuerda y el hombre no se acuerda. Dicho de otro modo, el Sal 105 es un cántico extasiado ante la actuación de Yahvé a lo largo de la historia santa, toda ella regida por el poder divino. En este salmo todo es luz, que se

va difundiendo al ritmo marcado por la promesa y el cumplimento. A lo largo del Sal 106, por el contrario, van desfilando los pecados cometidos por Israel desde Egipto hasta la llegada a la tierra: siete pecados cometidos de una frontera a otra. Una vez que el pueblo de Dios ha llegado a la tierra y ha tomado posesión de ella, continuó pecando. El salmo, pese a todo, no finaliza con la destrucción del pueblo, sino que Yahvé «por ellos se acordó de su alianza, / se enterneció con su inmenso amor» (106,45). Este recuerdo divino origina una súplica enardecida y apremiante: «¡Sálvanos, Yahvé, Dios nuestro, / reúnenos de entre las naciones, / para dar gracias a tu santo nombre / y honrarnos cantando tu alabanza!» (106,47). La última palabra en el nuevo reino será el inmenso amor de Dios.

f) El libro de la alabanza eterna (Salmos 107-147)

Mirando hacia atrás, algunos temas iniciados en el primer libro llegan a su meta en el quinto. La Ley, por ejemplo, fue presentada en el prólogo del libro (Sal 1), como criterio para discernir conductas; fue elevada a rango de decálogo que ha de observar quien pretenda acceder al templo de Yahvé (Sal 15); fue festejada como fuente de instrucción y de vida (Sal 19). Llegados al Sal 119, con tantos géneros sálmicos entrelazados, el creyente vive una alianza de estrecho amor con Dios. Todos los recursos del lenguaje están al servicio de una deliciosa confesión de amor propia del que se sabe amado y vive enamorado de la revelación divina. En el Sal 2 hacía su aparición el Mesías. Ha retornado una y otra vez a lo largo del salterio, cuyos lugares precisos evitamos enumerar por razones de brevedad; en el Sal 110 accede al trono eterno.

Los malvados están presentes casi en todos los salmos, aunque su actuación sea más continuada y escarnecedora en el libro primero, hablando de un modo muy genérico. Extraña enormemente que aparezcan con una contundencia brutal entre el «Gran *Hallel*» (Sal 139) y el «*Hallel* Final» (Sal 146-150). Los Sal 140-143 están reservados a los malvados. El lugar más apropiado para estos salmos debería ser el primer libro del salterio; sin embargo, ahí están, antes de llegar al «*Hallel* Final», acaso porque el creyente ha de ser plenamente purificado antes de entonar el «Aleluya» eterno, en el que no se escuchará la voz de los malhechores. La Ley, el Mesías y los malvados los tomamos como ejemplo, muy sucintamente desarrollado, de cómo el quinto libro es la meta de diversos itinerarios.

Nos hemos referido al Sal 119 como expresión del amor enamorado de la revelación de Dios, de la intimidad entre Dios y el creyente. En continuidad con el Sal 119 ha de leerse el Sal 139, que canta tan gozosa como intensamente la *intimidad* de Dios con el creyente. Dios, cuyo conocimiento excede toda ponderación, se vuelca amorosamente sobre el hombre: «Tú me escrutas, Yahvé, y me conoces…» (Sal 139,1ss). Aquél a quien nada le es ajeno, sino que todo está presente ante él, extiende su izquierda y su derecha para sostener a su hijo (139,7-12). El poder divino que sustenta el universo se entretiene tejiendo a su elegido en el seno materno (v. 13) y entretejiéndolo, con bordados y recamados, en el seno de la tierra (v. 15). La corporeidad humana viene a ser como el paño que cubría el arca. El hombre así cuidado por Dios es icono de la divinidad. ¡Qué deliciosa intimidad corre a lo largo del Sal 139! Merece la pena ponerse en camino y pasar por tantas aventuras, aunque sean dolorosas, para llegar a la intimidad con Dios.

Una peculiaridad del libro quinto son «las canciones de las subidas». Repiten en abreviatura todo el recorrido del salterio, como un pequeño salterio dentro del libro. Se parte del destierro en Masac –fuera de la tierra– (Sal 120,5), y se termina en el templo, en la presencia de Dios: «¡Entremos en el lugar donde Él habita, / postrémonos ante el estrado de sus pies!» (Sal 132,7). En la presencia de Dios, se goza la dicha y la belleza de la fraternidad (Sal 133), se vive la confianza del abandono en las manos maternales de Dios (Sal 131,2). Entre ambos extremos del camino (el destierro y el templo) surge la tentación (Sal 121), la persecución (123,3-4), el deseo gozoso (122), la confianza (125), etc. La palabra definitiva de este pequeño salterio es la alabanza: «¡Vamos, bendecid a Yahvé / todos los siervos de Yahvé, / que servís en la Casa de Yahvé, / en los atrios de la casa de nuestro Dios!» (134,1).

¡Aleluya! es la expresión más repetida del libro. La alabanza es la palabra última de la creación y de la historia. El creyente que goza de la intimidad con Dios, que ha llegado hasta el templo santo, entona la alabanza ya ahora. En la alabanza del ser humano suena la alabanza cósmica, como deja entrever el primer salmo del «Pequeño *Hallel*»: «¡Aleluya! / ¡Alabad, siervos de Yahvé, / alabad el nombre de Yahvé! / ¡Bendito sea el nombre de Yahvé, / desde ahora y por siempre! / ¡De la salida del sol hasta su ocaso, / alabado sea el nombre de Yahvé!» (Sal 113,1-3). Todos los pueblos, y con ellos todos los vivientes –excepto los montes, los orgullosos– se inclinan para alabar la bondad eterna, cuya gloria está por encima de los cielos (113,4), cuya diestra cambió el curso de la historia (Sal 114), cuyo poder sustrajo al rey del poder de la muerte (Sal 115). Justo es que alaben a Yahvé todas las naciones y lo aclamen todos los pueblos, porque su mise-

ricordia y fidelidad duran por siempre (Sal 117). Quien contemple el pasado desde esta cima gloriosa descubrirá el amor de Dios en todos los capítulos de la historia, y éstos se convertirán en motivo de alabanza al Dios bueno, cuyo amor es eterno, como cantará de forma litánica el «Gran *Hallel*»: «¡Dad gracias a Yahvé porque es bueno, / porque es eterno su amor» (Sal 136).

g) El *Hallel* final (Salmos 148-150)

Superada la prueba postrera (Sal 140-143), todo se prepara para cantar el Aleluya eterno. Dios ha mostrado su justicia en favor de los oprimidos y de los hambrientos, de los cautivos y los ciegos, del peregrino, del huérfano y de la viuda (Sal 146,6-9). Ha reconstruido la ciudad santa de Jerusalén y ha reunido en ella a los deportados (Sal 147,2). Es el defensor de la ciudad y el tutor de la paz (Sal 147,13-14). Ha llegado el momento de alabar la eterna bondad de Dios. Todo el universo, cielo y tierra, alaba a Dios. Israel, pueblo de Dios, es el liturgo de esta alabanza cósmica: una gran coral, formada por seres celestes y terrestres, alaba a Dios (Sal 148). El director de orquesta de la gran coral que es el Sal 150 va dando entrada a distintas voces e instrumentos para que todos alaben a Dios con una sinfonía universal. En este himno a toda orquesta destaca la voz del solista: del ser humano partícipe del respiro divino: «¡Todo cuanto respira alabe a Yahvé!». La rúbrica de todo el salterio, y de la historia, es una sola palabra: «¡Aleluya!». El hombre salvado ha entrado en el santuario divino, junto con toda la creación redimida, para cantar eternamente el amor de Dios: ¡Aleluya!

3. Conclusión

Son diversos los modos y métodos para acceder a un texto antiguo. La filología, los géneros literarios, saber situarlo en el tiempo y en el espacio, las relaciones y correlaciones existentes entre ese texto y varios otros con los que forma cuerpo, etc. No hemos pretendido recurrir a los métodos filológicos, sino asomarnos a ciertas relaciones y correlaciones existentes en el interior del libro de los Salmos[6]. Ni siquiera hemos intentado aplicar una lectura canónica

[6] Para un estudio filológico, cf. A. Aparicio Rodríguez, *Comentario filológico a los Salmos y al Cantar de los Cantares*, Madrid 2012.

al Salterio, sino que hemos intentado estar atentos al nuevo clima formado por los distintos libros del Salterio. Creemos que existe una progresión narrativa y suplicante en el conjunto del salterio. Es lo que hemos intentado describir. Al mismo tiempo hemos anotado la peculiaridad de cada libro del salterio de modo que dan al conjunto una determinada singularidad.